

escribir. A la prosa «entrañable», honda, castiza de Unamuno se opone la prosa tersa, impecable, elegante de Ortega. Por fortuna, España en una misma época produjo bien distintos tipos de hombres.

Ortega y Gasset escribe ensayos que colecciona bajo el título de *El espectador*. Su postura es la del que mira y considera a los demás, y siempre espectador saca conclusiones y filosofa sobre el acontecer humano. Así sus ensayos versan sobre el paisaje, sobre la historia, los fenómenos políticos, la filosofía antigua y moderna y especialmente sobre lo que más nos interesa aquí: el arte y la literatura.

Ortega, siempre al tanto de las últimas tendencias europeas, lanza al mercado una frase que se ha hecho famosa, porque califica un aspecto de la cultura: *la deshumanización del arte*. Esta certera denominación va a servir para explicar un fenómeno que se produce en el arte contemporáneo y que todavía colea en nuestros días bajo las apariencias del llamado arte abstracto. Es indudable que, si nos alejamos un poco para considerarlo con cierta perspectiva histórica, a principios del siglo xx se produce una de las más extrañas revoluciones artísticas que conocemos. El arte deja de ser humano, se deshumaniza y da los productos del cubismo en pintura y de la poesía pura en las letras. La gente deja de entender el arte y lo califica de difícil, los cuadros no se sabe si se miran del revés o del derecho, los poemas se hacen ininteligibles, la música parece un ruido y la escultura usa formas desconocidas, imposible de reconocer. También en la arquitectura se nota el cambio, aunque siempre sigue conservando su función utilitaria que la permite seguir siendo humana. El público está des-

concertado y se pregunta: ¿Qué significa esto, qué quiere decir?

Hoy todavía, delante de un cuadro o delante de un poema, no se sabe qué hacer, y ambos en el lector ingenuo no encuentran resonancia alguna. La cuestión no es tan difícil como parece, una vez explicada, ya que la deshumanización del arte es un producto de la civilización. Las formas tradicionales son puramente realistas, se nutren de la realidad, la pintura reproduce seres humanos, frutos, objetos, naturaleza, y la poesía trata de temas vivos y conocidos. Hasta ahora el leer y el ver no suponían un esfuerzo mental. Se veía una mujer retratada en el cuadro o se leía la descripción y la alabanza de su belleza o virtudes. El arte ponía en contacto con la realidad. Pero llega un momento, quizá la reacción inevitable contra el realismo y el naturalismo excesivo de fin de siglo, en que el artista, agotadas las formas, cansado de ese traslado fiel de realidades, aborrece las apariencias y por un proceso de introversión pretende sacarlo todo de su fantasía. Rehuye, entonces, todo lo que le recuerde el arte del pasado, aborrece las formas humanas y se refugia en un mundo abstracto de líneas geométricas, que no existen en la realidad y sí en su mente creadora. El arte se basta así mismo, no necesita del mundo circundante. Mezcla el pintor en su paleta e inventa nuevos colores que no están en la naturaleza, entrecruza líneas y crea el cubismo, arte aristado, plano, sin la redondez vital de lo humano. ¿Qué significa el cuadro? Nada. No necesita título y debe contemplarse desde un punto de vista puramente estético sin pedir explicación. El placer estético debe bastar al espectador. Uno